



# LA VIDA EN EL ESTANQUE

## Capítulo 1°

### EL BOSQUE

En un lugar muy lejos de aquí, donde la nieve cubre montes y valles, guardado por viejas montañas, existe un bosque lleno de altos árboles, grandes lagos, sonoros ríos y animales de todos los tamaños: halcones, mapaches, osos, ciervos, lobos, búhos, ardillas, alces, lince, nutrias, águilas y castores; que viven alegremente superando las dificultades de cada día.

Kid, el castor, nació en la época de las últimas nieves, cuando el cielo durante el día es azul intenso y la noche es plateada como los arroyos de los valles.

Era una criatura de piel suave, su cuerpo estaba cubierto de un fino pelaje castaño y sus ojos grises se abrieron desde el primer día.

Sus primeros días transcurrieron en la madriguera que había sido construida por sus padres el otoño anterior, con palitos y barro, la cual no tenía puertas ni ventanas. El interior consistía en una amplia y única estancia. El suelo estaba dividido en dos partes, una más alta que la otra. La parte alta era la vivienda y estaba cubierta de una gran alfombra de virutas; mientras que en la parte más baja había dos agujeros: eran las salidas de la madriguera hacia el mundo exterior.

Al calor de las virutas de madera, Kid aprendía a mover sus patitas. Una mañana sintió el aire frío que se colaba por uno de los agujeros de la madriguera y le entró una curiosidad irresistible por ver que había fuera. Así que, se escurrió por él, cayendo de bruces sobre un montón de tiernas ramas de abedul, que eran la despensa de los castores.

Buceó hacia la superficie y al salir, se quedó maravillado al ver el reflejo en el agua de un gran roble. Saltó sobre él y ¡irecorcholis!, lo único que sintió fue el agua en sus patas.

El primer baño fue delicioso, se zambullía, nadaba o flotaba en el agua, contemplando el mundo que le rodeaba. Cuando se cansó de jugar exploró el estanque. Éste era muy grande, una de las orillas estaba poblada de robles, mientras que la otra estaba cubierta de sauces, álamos temblones, abedules y otros árboles, los cuales ofrecían un maravilloso espectáculo a los ojos de Kid.

Al verle, Keeo, Kibu, Lekes y Rasty, los Grandes Castores, le invitaron a subir a la orilla y lentamente caminaron por el bosque. Al ver la carita de asombro de Kid, uno de los Grandes Castores, empezó a explicarle la vida del bosque.

-- Nuestra vida depende de este gran bosque -dijo Lekes-- de él nos alimentamos, al igual que otros animales.

-- ¿De estos grandes palos? --preguntó Kid.

-- Sí, de estos árboles. También los utilizamos para hacer nuestras madrigueras.

-- ¡Ah! ahora comprendo, aquel montículo de trozos de madera que sobresale del estanque, es nuestra acogedora madriguera.

¿Y esos troncos que van de orilla a orilla son también madrigueras?

El Gran Castor sonrió por la ocurrencia del pequeño castorcillo:

-- No, eso es una presa, o dique, la cual sirve para retener el agua y mantenerla al mismo nivel durante todo el año. Hace ya algún tiempo que la construimos entre todos nosotros, cuando formamos esta Colonia.

Mientras Lekes explicaba lo que era una presa, Kid observaba maravillado el estanque. Éste era muy grande, por la parte baja se encontraba la presa y en el lado más lejano se encontraba la corriente de agua que alimentaba el estanque.

-- ¿Y ese agua tan larga, qué es?—preguntó Kid.

-- Es el río, nuestro Gran Hermano. Gracias a él los castores podemos vivir, y no sólo nosotros, sino todos nuestros hermanos, los animales y las plantas del Bosque.

Volvieron al estanque donde vieron a otros castores trabajando, unos colocando troncos en la presa y otros, los más pequeños, llevando palitos.

-- ¿Qué están haciendo? - preguntó Kid, sorprendido, al ver que todos trabajaban juntos alegremente -- ¿por qué todos trabajan juntos?

-- Aquí en la Colonia, compartimos todo, el trabajo, los juegos y hasta la comida, somos una gran familia a la que ahora también perteneces tú -- le contestó Keeo.

Los castores al verle, chapotearon alegremente y le invitaron a que fueran con ellos a colocar palitos en la nueva presa. Kid despidiéndose de los Grandes Castores corrió alegremente al encuentro de sus nuevos amigos.

Y así fue como Kid empezó a conocer la vida de la Colonia y del bosque.

Los castores se alegraron de conocer a éste nuevo miembro de la Colonia con el que podrían **COMPARTIR** sus juegos, trabajos y aventuras.

## Capítulo 2º

### EL GRAN INCENDIO

iiUhú, Uhú!!, un susurro se oyó en la cálida y silenciosa noche. Era un sonido ya habitual, que todos los animales escuchaban con gran atención; pero los más pequeños de cada especie se asombraron al oír el Uhú, Uhú, sin llegar a ver quién lo hacía. Miraban hacia todas partes, pero sólo veían sombras negras. De repente, todo había desaparecido para ellos: la oscuridad les cubría y rodeaba.

Era el viejo Malak quién ululaba, el búho sabio que hablaba todos los lenguajes de los animales del bosque. Malak sólo ulula cuando el sol ya nos ha abandonado y la luna y las luces intermitentes de las estrellas pueblan el Universo. Es una rapaz nocturna porque vive de noche y duerme de día.

iiUhú, Uhú!!, sonó de nuevo. El sonido surgió de entre las ramas de un enorme árbol. Allí se encontraba el gran búho de plumaje pardo, moteado de oscuro. Se agarraba a una rama con sus patas emplumadas, en posición vigilante y en plena observación nocturna.

Era una noche muy, muy estrellada, y decidió salir a hacer uno de sus vuelos nocturnos; de pronto descubrió la casa que se estaban construyendo una familia de humanos formada por dos pequeños y dos grandes.

Su primera reacción fue de temor, pero su instinto enseguida le dijo que no debía tener ningún miedo, pues parecían muy amigables.

A la mañana siguiente contó su descubrimiento a los Grandes Castores, los cuales decidieron ir con él a observar a los nuevos vecinos del bosque.

Cuando llegaron a la orilla, los Grandes Castores se dispusieron a un lado de ésta, mientras Malak les observaba desde lo alto de un árbol.

Toda la familia trabajaba alegremente construyendo su nuevo hogar. Papá Jones, que así se llamaba la familia, fue el primero en ver a los castores y dijo en voz alta:

-- ¡Miren niños!, ¡mira mamá!, creo que tenemos compañía.

Todos los Jones se volvieron y vieron a los castores.

Mamá Jones comentó -- ¿no les dije que tendríamos amigos en el bosque?.

La niña se acercó a la orilla del Gran Hermano, y quitándose los zapatos se metió en el río y empezó a chapotear. Los castores cautelosos se escondieron en una hondonada.

Mientras, el niño, mamá y papá Jones paseaban por la orilla y observaban a los castores.

-- Creo que están tratando de ver si somos peligrosos -- dijo el niño.

-- Parecen una familia muy simpática -- dijo Rasty-- y además trabajan en equipo como nosotros y sobre todo, hay una cosa que me gusta de ellos y es que respetan la naturaleza. Creo que llegaremos a ser buenos amigos.

Después regresaron al estanque para continuar con sus obligaciones, y por la noche en el Estanque del Gran Roble, los Grandes Castores y Malak contaron a toda la colonia lo que habían visto.

-- Y ¿cómo se llaman? --preguntó Kapi, el castor.

-- Pues no lo sabemos, pero nosotros hemos pensado en un nombre para cada uno según veníamos hacia el estanque -- respondió Keeo:

-- Como ya les hemos dicho, el padre fue el primero que nos vio, por lo que le llamaremos Ojo de Halcón.

-- ¡Oh!, es un nombre espléndido -- dijeron todos los castores.

-- La madre vestía unas ropas muy brillantes y de unos colores tan bonitos como los del Arco Iris -- dijo Rasty -- por lo que le iría muy bien el nombre de Arco Iris.

-- Yo era el que más cerca estaba de la niña cuando vino al agua -- dijo Lekes -- ¿y saben qué? chapoteó tanto que formó unas burbujas enormes. ¿Y si la llamamos Burbuja?

-- Sí, nos gusta mucho, es un buen nombre para ella.

-- Desde lo alto del árbol, les diré que con los rayos del sol el pelo del niño era de un rojo intenso -- dijo Malak -- por lo que le podríamos llamar Pelirrojo.

-- ¡Bien, bien! -- gritaron todos los castores a la vez, palmoteando sus colas en el agua, contentos de haber puesto nombres a sus nuevos amigos, pues estaban seguros de que compartirían muchas historias y aventuras con ellos.

Pero, de repente, la alegría se vio interrumpida por un gran resplandor en el cielo y una gran cortina de humo los envolvió, impidiéndoles ver lo que pasaba.

--Debe tratarse de un incendio - pensó Malak - y sin dudarlo un segundo, empezó a ulular con todas sus fuerzas y en todas las lenguas.

-- Uhú, uhú, uhú. ¡A todos los animales del bosque!, ¡corran!, ¡el bosque se quema! ¡Corran!. Pero ¿y las plantas? -- recordó -- las plantas no pueden correr, sus raíces están bajo tierra, y por lo tanto, peligra su vida.

Su aviso había puesto en movimiento a todos los animales del bosque, que corrían para escapar del fuego, y buscando una solución para su querido bosque, se quedó mirando fijamente a los castores que salían del estanque.

-- Necesito su colaboración -- dijo a los Grandes Castores -- Yo quiero a los árboles y a las plantas de este bosque. Nosotros podemos correr, volar, en definitiva, alejarnos del fuego que se avecina. Pero ellos no, su raíz se lo impide, y morirán si el agua no cubre todo el bosque. Ustedes son los únicos que pueden hacer algo por ellos, ya que controlan el agua de este estanque.

Los Grandes Castores se miraron unos a otros, y sin decir una palabra corrieron hacia la presa.

-- ¡Venga castores! -- gritó Keeo -- hay que destruir la presa para salvar el bosque.

--Pero ¿qué pasará con la zona alta? --preguntó Rasty -- nosotros no podemos llegar hasta allí

-- No se preocupen - contestó Malak -- iré a avisar a la Familia Jones, seguro que ellos podrán ayudarnos.



Y sin demora, salió volando hacia la casa de los Jones, llamó con todas sus fuerzas a Ojo de Halcón y le contó el problema.

-- Mamá, niños, recojan los picos y las palas -- dijo éste -- hay que hacer unas zanjas rápidamente para evitar que el fuego llegue a la zona alta del bosque.

Sin tardanza, la Familia Jones se puso manos a la obra, cavando unas zanjas en forma de cortafuegos evitando que el fuego siguiera su curso hacia arriba.

Mientras, en la zona del estanque, los Grandes Castores, ayudados por los castores y los castorcillos, abrieron la presa y en unos segundos el agua empezó a correr libremente por todos lados, sofocando así el gran incendio que se avecinaba.

Así, gracias al trabajo en equipo de los castores y de la Familia Jones, el fuego fue sofocado.

--¡Uff!, ¡gracias a Dios! -dijo Arco Iris—la gente debería tener más cuidado cuando hace fuego, pues podía haberse quemado todo el bosque.

-- Sí,--contestó Keeo -- y dirigiéndose a los castorcillos les explicó lo peligroso que puede ser el fuego para los animales y plantas del bosque.

-- Además -dijo Keeo-- me siento muy orgulloso de ustedes, tan pequeños, y como trabajaron en la destrucción de la presa, no olviden nunca la importancia de trabajar todos juntos.

Curiosamente como si se tratase de una recompensa a su esfuerzo, aquel día les crecieron las paletas.

Esa noche, en agradecimiento a su ayuda, los Grandes Castores pidieron a Malak y a la Familia Jones que formaran parte de la Colonia.

No se podrán ni imaginar qué felices se sintieron en aquel momento, no sólo iban a ser amigos, sino que además formarían parte de la vida de la Colonia, pudiendo colaborar con los Grandes Castores en la formación de los pequeños castores.

Desde aquél día, los jóvenes castores se entretienen escuchando las historias de Malak cuando anochece; y éste les enseña con ellas todo lo relacionado con la vida en el bosque, y lo que debe hacer todo castor dentro de la Colonia.

Así los castores aprenden mucho y lo más importante es lo que llaman "La vida en el Estanque" que dice entre otras cosas:

« EL CASTOR QUE ES OBEDIENTE, TRABAJADOR, LIMPIO Y ORDENADO, QUE PARTICIPA EN TODO, QUE JUEGA CON TODOS Y COMPARTE CON ALEGRÍA, LLEGA A SER UN CASTOR ALEGRE Y FELIZ RECORDANDO SIEMPRE LAS ENSEÑANZAS DE LA COLONIA.»

-- ¡Qué orgulloso me siento de formar parte de esta Colonia!  
-- pensó Malak desde lo alto del gran Roble.

## Capítulo 3°

### LOS GRANDES CASTORES

Los días pasaban alegremente, los castorcillos jugaban y participaban en todas las actividades de la Colonia.

A Kid y a Moi les encantaba estar con Rasty, Pelirrojo y Burbuja, pues ellos eran los encargados de enseñar a los pequeños castores a nadar.

En cambio a Piko le gustaba más ayudar a Ojo de Halcón, que junto a los Grandes Castores, era el encargado de aportar los leños para la construcción de la presa.

Un día cuando los primeros rayos de sol llegaron a la madriguera, se oyó:

--i Atchiiusss ! ¡Buf!, que resfriado me ha dado desde que estoy bajo el agua.-- dijo una ramita.

-- No te quejes, que mojadas estamos todas, y además tienes que soportar mucho menos peso.-- le respondió su compañera.

--¿Qué ocurre ahí abajo? -- preguntó otra rama del exterior.

-- Nosotras estamos hartas de estar amontonadas unas encima de otras y, además, mojadas.

-- Pues ya nos gustaría a nosotras poder estar siempre húmedas. Nosotras tenemos que soportar el mal tiempo, la lluvia, el viento, las heladas del invierno y el sol del verano.

Todas las ramas, agitadas, empezaron a hablar y la más grande dijo:

-- Por lo que he oído, todas estamos de acuerdo en marcharnos de la madriguera.

-- ¡¡Si!! ¡¡Vamos!! --gritaron todas las ramas -¡¡Vámonos!!

-- Pero, ¿nos vamos de verdad?.

-- ¡¡Si, si, sí!! ¡ ¡vámonos!! -- respondieron contentas

Todo el estanque empezó a temblar, chorros de agua inundaban las madrigueras, y...

-- ¡Arriba perezosos! ¡ Despierten, que ya ha salido el sol hace rato!-- gritó Lekes alegremente.

Pero Kid, mientras se agitaba por el suelo, chillaba:

--¡Socorro!, ¡Qué me ahogo!.

Mientras que Piko y Moi, se reían, Lekes dijo:

-- Tranquilo pequeño, no pasa nada, todo ha sido un mal sueño.

Kid, todo sudoroso, miró a su alrededor y su pequeña cola tocó las ramitas que había debajo de él.

-- ¡Cáscaras y cortezas!, ¡que susto! -- murmuró bostezando -  
- ésto me pasa por comer raíces de nenúfar para cenar, creo que no lo volveré hacer nunca más.

--Venga castores, deben lavarse hasta que su pelaje brille como la luna en el agua, -- les aconsejó Rasty -- pues siempre tenemos que tener nuestra piel limpia.

Acto seguido los castorcillos se tumbaron en la orilla del estanque. Mientras los pequeños se secaban al sol Rasty se acercó cautelosamente a la espalda de Lekes, y sin que se diera cuenta, con un ligero empujón... ¡¡Choff!! éste se fue al agua de cabeza.

Grandes carcajadas resonaron por todo el bosque, entre ellas las del Gran Castor remojado, demostrando así su buen humor.

-- ¡Bueno, basta ya de juegos! -- dijo Ojo de Halcón -- vamos a comenzar el día reconstruyendo la presa, así que, ¡todos a trabajar!.

Trabajando alegremente y con mucha coordinación, pasó el tiempo con rapidez. De pronto se oyeron tres coletazos en el agua, "Splash, Splash, Splash", a lo que todos contestaron "Splash". ¡Era la hora de comer!.

Mientras se dirigían al estanque para comer, Kid y Piko se disputaban acaloradamente una rama.

-- Devuélveme mi rama, yo la vi primero -- decía Kid.

--No, no, la vi yo, -- refunfuñaba Piko.

Arco Iris, acercándose, preguntó: ¿Qué pasa aquí?, ¿qué son esos gritos?.

--Éste, que me quiere quitar mi rama-- respondió Piko.

-- Es mentira, -- protestó Kid -- tú me la quieres quitar a mí. Fui yo el que primero la vio.

-- Bueno, esto tiene fácil arreglo -- dijo Arco Iris -- déjame la rama.

Ésta recogió la rama cuidadosamente y ante los intrigados castorcillos, con gran seguridad, calculó y partió la rama en dos trozos, dándoles la mitad a cada uno de ellos.

-- Tomen, y no vuelvan a discutir por estas cosas, pues ya deberían saber que en la Colonia tenemos que compartir todo.

Al atardecer, todos los castores se reunieron con Rasty, Pelirrojo y Burbuja en el centro del estanque. Éstos, les enseñaban a nadar perfectamente, combinando la natación con el juego.

-- Venga , muchachos!, que la orilla izquierda nos espera. -- gritaba Rasty-- . Todos se lanzaban hacia allí. Pero... ¡Kid, despistado!, ¡que esa es la derecha!, y tú Moi ¿qué llevas en la boca?

-- ¡¡Puag...!! , --dijo éste-- ¡casi me trago un pez!

Los alegres castores rompieron en carcajadas al ver la cara de Moi.

-- Vamos a ver, les hemos dicho muchas veces que cuando buceen mantengan la boca cerrada, -- dijo Rasty --pues "en boca cerrada no entran peces".

Llegó el anochecer, el silencio reinaba en el bosque; sólo se oía el ulular de Malak, el búho, que estaba sentado en lo alto del roble.

## Capítulo 4°

### KEEO, EL CASTOR PLATEADO

Una tarde de mucho calor, el estanque estaba más agitado que nunca, porque había una fuga en la presa y los Grandes Castores estaban muy atareados tratando de repararla. Los castorcillos decidieron alejarse para no molestar en las tareas de reparación.

Sentados en la orilla del estanque y bajo la atenta mirada de Malak, observaban a los Grandes Castores sorprendidos de su agilidad para nadar y para arrastrar los troncos por el agua.

-- Yo, de mayor, voy a nadar más rápido que todos, -- dijo Piko.

--Pues yo, --dijo también Moi -- voy a ser el más fuerte de la Colonia y el que pueda con más troncos.

Y así pasaron un buen rato hablando de cómo les gustaría ser cuando crecieran. Malak les escuchaba muy atento desde lo alto del roble. Lentamente desplegó las alas y se acercó volando con suavidad hasta ellos.

-- Escúchenme castorcillos -- dijo -- no solamente ser fuerte y nadar rápido es importante, y aunque está bien que quieran ser fuertes y rápidos cuando sean mayores, hay otras cosas que también son importantes.

-- Malak, -- preguntó Kid -- ¿qué hay más importante para un castor que ser fuerte y poder nadar rápido?

--¿Saben por qué Keeo es plateado?, -los castorcillos negaron con la cabeza- pues bien, le llamaremos para que se los cuente: ¡Keeo, Keeo!, ¿dónde se habrá metido?

Los castorcillos, intrigados rogaron a Malak que les contara la historia:

« Keeo era un castorcillo de color canela y más pequeño que el resto de sus hermanos. Siempre perdía cuando competían por ver quién nadaba más rápido y le costaba mucho roer los troncos de abedul. Así que los demás no le tenían mucho en cuenta. En cambio los Grandes Castores le miraban complacidos, porque a pesar de ser aún un castorcillo, estaba siempre dispuesto a ayudar y cuando le necesitaban se esforzaba al máximo en hacer bien su tarea. Muy pronto aprendió a compartir y siempre estaba atento por si alguno de sus amigos necesitaba ayuda. Poco a poco, con el tiempo, Keeo empezó a crecer. Su pelaje canela se transformó en un brillante pelo de color marrón oscuro y sus patas y dientes se hicieron fuertes como rocas. Keeo llegó a ser el castor más fuerte y el más rápido de toda la Colonia. Era el castor más respetado, pero no por su fuerza y destreza, sino porque siempre compartía y ayudaba. Incluso sin tener que pedírselo.

Una tarde calurosa, como la de hoy Keeo olfateó el aire, porque olía de una manera especial.

-- Parece que va haber tormenta. -- pensó -- El cielo se está nublando, pero hay algo diferente....

Aún no había terminado su pensamiento, cuando una nube mágica cubrió todo el estanque. El viento había parado y un gran silencio se apoderó de todo el bosque. Incluso las hojas de los árboles dejaron de moverse y susurrar. Sólo los destellos de los primeros relámpagos y sus ruidosos truenos acabaron con el silencio. Entonces todos los animales del bosque, hasta los castores, corrieron a ponerse a cubierto. Todos excepto Keeo, que estaba acabando de revisar la presa para asegurarse de que la tormenta no la rompería.



Fue entonces cuando las primeras gotas empezaron a caer. Todos miraron asombrados, pues esta vez no llovía como otras veces. Las gotas caían lentamente y brillaban de una manera especial, llenando el estanque con destellos de colores.

Keeo maravillado nadó hasta el tronco más grande del estanque, el carcomido roble que se alza en el centro del estanque desde que se fundó la Colonia. Pero nada más sentarse sobre el tronco, el destello de un relámpago le rodeó. Toda la Colonia, que estaba mirando la lluvia desde la madriguera, enmudeció. El resplandor reflejaba un extraño brillo que cegaba a los demás, a la vez que envolvía a Keeo. Cuando el resplandor cesó, todos dirigieron sus miradas hacia el viejo tronco. No podían creer lo que veían. ¡Keeo se había vuelto plateado!. Ni él mismo se lo podía creer, se miraba las patas y la cola sin parar. Pero no era sólo su nuevo color lo que le extrañaba, sentía que algo en él no era como antes.

Nadie entendía nada. Las nubes desaparecieron dejando tras ellas un sol gigantesco, cuyos rayos hacían brillar las últimas gotas de la lluvia mágica que desapareció dejando tras ella un gran Arco Iris que surcaba todo el cielo, y cuyos reflejos llenaban el bosque de destellos más mágicos todavía.

Poco a poco los castores fueron saliendo de las madrigueras fascinados por el maravilloso espectáculo que lentamente se iba desvaneciendo. Muchos otros animales se habían acercado al estanque atraídos por el suceso. Una pareja de nutrias que estaba cerca de Keeo se preguntaban qué especie de castor era éste.

-- ¿Cómo puede un castor ser de color plata? preguntó la nutria más pequeña

-- No, no es un castor -- dijo mamá nutria.

Pues claro que soy un castor -- contestó ofendido Keeo.

Las nutrias se quedaron sorprendidas al ver que el castor Plateado les había contestado en su lenguaje. Más sorprendido estaba Keeo, y más aún, cuando entendió lo que aullaban unos lobos en el bosque, lo que piaban unos pajarillos, lo que cuchicheaban entre sí tres pequeñas ardillas y la conversación de unos pececillos. Comprendió entonces que el rayo no sólo le había cambiado de color sino que el baño de luz le había dotado también del poder de comunicarse con todos los animales del bosque.>>

Malak que vio a Keeo a lo lejos le llamó y le dijo:

--Estaba contando tu historia a los castores, pero me gustaría que la terminaras tú; acabo de explicarles como descubriste que te podías comunicar con todos los animales del bosque.

--Será un placer --contestó Keeo

Poco a poco todos los castores se habían ido reuniendo en torno a Malak y Keeo continuó el relato: <<cuando me dí cuenta realmente de que podía hablar cualquiera de los lenguajes del bosque, incluso el de los humanos pensé: ¡Qué gran responsabilidad la mía!, ahora podré aprender tantas cosas... Y en efecto, con el paso del tiempo, conocí muchas de las costumbres de los animales del bosque que he podido enseñar a los castores, y a la vez enseñar las de la Colonia a otros animales>>.

-- ¡Órale! ¡qué historia más bonita! -- dijo Piko.

-- Gracias pequeño. -- Contestó Malak -- Ahora ya sabéis por qué Keeo es un castor Plateado.

--Yo de mayor quiero ser como Keeo -- dijo Moi.

--¡Y yo!, y yo! -- dijeron todos los demás.

Rápidamente corrieron todos al agua para poder observar más de cerca el viejo tronco de roble, donde cayó el rayo al castor Keeo. Todos menos Kid, que al ver a Ojo de Halcón

trabajando junto a los Grandes Castores, se volvió hacia Keeo diciendo:

--¡Ahora lo entiendo!. ¡Claro, has sido tú el que ha enseñado a la Colonia el lenguaje de los humanos!. ¿Verdad?.

-- Sí Kid así es --respondió Keeo.

Y contento, Kid, salió corriendo hacia donde estaban sus amigos. En ese momento, todos pensaban en llegar a ser como Keeo "el castor Plateado".

## Capítulo 5°

### LA ENFERMEDAD DEL GRAN HERMANO

Malak estaba inquieto. Durante el día había corrido la noticia que era ya conocida por todo el bosque: unos humanos habían acampado cerca del Gran Hermano. Los Grandes Castores, preocupados, montaban guardia acechando a los nuevos visitantes del bosque. En el fondo sabían que aquellos seres no eran malos, sino que eran algo descuidados. Los castores más jóvenes estaban contagiados de esa excitación, que se extendía por toda la Colonia.

Durante varios días el único sonido que llenaba el bosque eran los gritos de los humanos. Estos se metían continuamente en el Gran Hermano, y parecía que les gustaba mucho. Los castores descubrieron que ninguno nadaba como ellos, por lo que no podrían ser perseguidos. Respiraron más tranquilos, pero Malak seguía inquieto. Kid preguntó al búho sabio:

-- Malak, ¿qué te preocupa?, si sabes que los hombres son torpes en el agua.

-- Lo que me preocupa -- dijo Malak -- es lo descuidados que son, su mala memoria y que suelen olvidarse parte de sus cosas, dejándolas tiradas por el suelo e incluso dentro del Gran Hermano, lo que es malo para todos nosotros.

Moi pensaba -- ¿por qué eso será malo?. Malak vio su rostro lleno de asombro y le dijo:

-- Les voy a contar una historia que sucedió en una Colonia hace mucho tiempo:

« Había una vez un Gran Hermano que tenía el agua más limpia y clara de todos los ríos del mundo. Éste atravesaba un inmenso bosque, era tan grande que sus propios habitantes creían que no tenía fin. Su mejor amiga era la castora Nila.

Cuando caía la tarde, se acercaba a la orilla y dejaba acariciar su piel por el agua del Gran Hermano. Era en ese momento cuando hablaba con su amigo. Nila siempre recordaría esas largas charlas y la paz que le producía escuchar al Gran Hermano.

Al anochecer, Nila acudía al Estanque del Gran Roble y oía a los Grandes Castores que contaban viejas y extrañas historias.

Los jóvenes no creían esas fantasías de lejanas tierras. Los Grandes Castores a veces se iban enfadados a dormir, porque éstos no tomaban en serio su sabiduría.

La luna se reflejaba en las tranquilas aguas del Gran Hermano y el silencio en el bosque apagaba las voces del resto de los animales, excepto la de los nocturnos.

Desde su madriguera, Nila y sus hermanos escuchaban el susurro del agua. El Gran Hermano continuaba hablando a la pequeña castora hasta que se dormía.

Un día, poco después de haber empezado la estación seca, la tranquilidad del bosque se terminó. La noticia se propagó como un incendio y pronto no quedó nadie sin haberse enterado de ella.

Nila fue una de las primeras en darse cuenta de que el Gran Hermano estaba enfermo, muy enfermo.

Sus aguas, antes limpias y claras, ahora estaban sucias. Su aroma fresco y suave se convirtió de repente en un olor insoportable.

Nadie sabía lo que le ocurría al Gran Hermano, ni siquiera Nila, pues su amigo no podía explicárselo.

Pasó el tiempo y el río enfermó aún más. Cada día estaba peor, los árboles y las plantas de sus orillas se iban marchitando,

casi todos los animales que antes le visitaban, emigraron buscando otros pequeños arroyos para poder saciar su sed

A alguien se le ocurrió recurrir a Kalú, el búho, el más sabio de todo el bosque, éste vivía en las profundidades del árbol más antiguo.

Algunos castores se fueron hasta allí deseosos de que les pudiera decir la causa de la enfermedad del Gran Hermano. El búho les miró con sus grandes ojos y calló durante un tiempo, estaba pensando y dijo:

-- Mi ciencia es muy sabia. Con el paso de los años he adquirido mucha experiencia. Todo lo que he visto o lo que me han contado podría decírselos, pero hay cosas que son inexplicables, como lo que le ocurre al Gran Hermano, por eso no les puedo ayudar.

-- Entonces -- preguntó Nila -- ¿no podemos hacer nada para curar su enfermedad?

--Hum se podría hacer una cosa para intentar salvarlo. -- contestó Kalú -- Habría que averiguar de dónde procede su enfermedad. Uno de ustedes tendría que ir río arriba para encontrar el origen de su mal y sabiendo qué lo produce, podrán hacer algo para curarlo.

Los castores se despidieron del viejo búho. Aquella noche en el Estanque del Gran Roble, todos querían hablar y lo hacían sin ningún orden quitándose la palabra unos a otros. Estaban preocupados por la enfermedad del Gran Hermano. ¡Había que salvarlo!

Nila comprendía la preocupación de todos, ya que no podía soportar ver así a su gran amigo y deseaba escuchar de nuevo su voz alegre y cantarina.

-- Bien, -- dijo el Gran Castor Marrón -- la única solución es la que nos dio el búho. Alguien tiene que ir río arriba hasta encontrar la causa de la enfermedad

-- Sí -- gritaron todos -- eso haremos.

-- Pero.... -- dijo Pah -- ¿ Quién va a ser el que vaya?.

En ese momento Nila supo que toda la Colonia la estaba mirando, y aunque estaba asustada dijo:

-- Está bien. Iré yo y descubriré por qué está enfermo nuestro amigo.

Todos se pusieron muy contentos. Pero nadie se ofreció a ir con ella. Los Grandes Castores la aconsejaron para el largo viaje.

Nila partió por la mañana, llevando como único equipaje una provisión de agua limpia en un tronco hueco. No miró hacia atrás; aunque le dolía alejarse de sus amigos de la Colonia. Había tomado una decisión y no podía arrepentirse.

Anduvo durante días sin encontrar a nadie. Se sentía sola, desamparada, su miedo era tan grande, que cualquier ruido insignificante bastaba para sorprenderla, haciéndola mirar hacia atrás con temor. En algunos lugares el río parecía sano pero su voz no era clara y alegre como ella recordaba, más bien era duro y triste.

El agua empezaba a escasear. A medida que avanzaba encontraba a su amigo en peor estado, sus orillas estaban cada vez más sucias. Pensó: si éstas se limpiaran el Gran Hermano recuperaría la salud.

Una mañana se preparó para bucear en el río. Limpió con esmero su piel y de una zambullida entró en el agua. Lo que vio no le gustó, era lo mismo que abundaba en las orillas de su amigo. Sintió que sus patas se enredaban en algo e intentó liberarse con dos o tres golpes de su cola. Por fin, logró salir del agua, sin embargo, su piel estaba cubierta por una sustancia grasosa, pegajosa y negra.

Cayó la noche y el frío se metió dentro de su piel, se cobijó bajo un montón de palos y ramas caídas. Tan abstraída estaba pensando en el Gran Hermano y en su enfermedad que no se dio cuenta de la presencia de unos humanos. No pudo evitar que unas manos la sacasen de su escondite y, sin moverse, pensaba que jamás acabaría su misión. Sabía que tenía que huir, pero no tenía dónde y además estaba muy débil y cansada. No había encontrado el origen de la enfermedad de su amigo, ni una solución. La entristecía saber que los castores tendrían que abandonar el estanque y buscar un nuevo sitio para jugar y vivir. Tenía los ojos cerrados. No quería ver nada de lo que sucedía. ¡Estaba tan asustada!. No sabía lo que les pasaría ni a ella ni al Gran Hermano.

Notaba que la frotaban la piel con algo blando y suave, como cuando ella se limpiaba. Se sentía bien, pero el recuerdo de su amigo no se le iba de la cabeza. ¡Ojalá el río se sintiera como ella!. Unas pequeñas lágrimas le saltaron de los ojos y finalmente, exhausta, cayó dormida en un profundo sueño...



Los hombres habían recogido a la pequeña castora en una zona donde no era habitual encontrar castores. Estaba sucia y enferma, creían que estaba muerta, hasta que vieron que lloraba. Se dieron cuenta que estaba totalmente cubierta de los residuos que ellos mismos vertían en el río y que estaban contaminando a toda la vida de su entorno

Al darse cuenta del mal que estaban ocasionando a la naturaleza, se pusieron en contacto con otras personas del poblado, no sólo para limpiar al Gran Hermano sino además para buscar una solución y que no volviera a ocurrir. Cada día que pasaba Nila iba recuperando sus fuerzas y las ganas de volver al lado de sus amigos.

El Gran Hermano se encontraba mejor, volvía a haber peces, las libélulas revoloteaban sobre su superficie, y el bosque pareció revivir. Las plantas y las flores recuperaron sus colores. La voz del Gran Hermano volvió a ser clara y limpia. Y de nuevo, comenzó a contar historias a los castores en sus madrigueras. 27

Al poco tiempo Nila regresó a su estanque, donde todos al verla, se acercaron a su alrededor comenzando a golpear con sus colas el agua como muestra de alegría.>>

Malak terminó su relato. Todos los que lo habían oído se alegraron de que la historia acabara bien y acordaron que Ojo de Halcón fuera a hablar con aquellos hombres, rogándoles que tuvieran cuidado de no ensuciar al Gran Hermano, y éste, en agradecimiento, hizo sonar su voz más limpia y clara que nunca.

## Capítulo 6°

### KAPI Y LA TORMENTA

Kapi era un joven castor que, a diferencia del resto de los castores, era muy serio y siempre estaba de mal humor. Casi siempre estaba solo y nunca compartía sus cosas con el resto de la Colonia, por eso le llamaban Kapi "el solitario".

Un día decidió construirse una madriguera para él solo. Cuando los demás castores le dijeron si quería ayuda, él les contestó:

--No, que luego querrán entrar en ella.

Los castores se fueron asombrados, pues no era normal que un castor se comportara así.

Después de trabajar durante tres meses, completó su obra.

--Tiene la forma de una madriguera, pero parece muy débil, -  
- dijeron sus compañeros -- seguro que no aguantará mucho tiempo.

A lo que Kapi les contestó:

-- Lo que pasa es que tienen envidia de mi madriguera.

No se daba cuenta de que los castores le querían ayudar, pero no tardó en llegarle la lección.

Se acercaba el otoño y con él las últimas tormentas del verano. Keeo, olfateando el aire, comprobó que dentro de unas pocas horas iba a caer una buena tromba de agua, y como siempre que un castor nota un peligro, éste golpeó con su cola la

superficie del estanque: Splash, Splash, Splash, convocando a la Colonia.

Cuando ya estaban todos habló:

Castores, se acercan lluvias. Seguramente el Gran Hermano va a crecer y es posible que tanto la presa como las madrigueras sufran algún destrozo. Así que tenemos que estar preparados para trabajar. Lo mejor será que nos repartamos en las zonas más débiles.

Todos los castores fueron colocándose uno a uno, en sus puestos, excepto Kapi que se fue a su madriguera pensando que Keeo exageraba. -Y, si a pesar de todo, pensó, tiene razón, ya me las arreglaré yo solo para mantener a salvo mi madriguera.

Pasaron las horas y unos relámpagos enormes comenzaron a iluminar el cielo. El aire se notaba pesado. Los castores en sus puestos estaban algo nerviosos. Sonó un trueno espantoso y de repente el cielo se abrió. Llovía, llovía, y el río empezó a crecer.

Mientras, allá en el bosque, en la cabaña de la Familia Jones, Pelirrojo contemplaba como la lluvia caía fuertemente golpeando contra las ventanas. Sabía que por la mañana todo estaría inundado y se preocupaba por lo que les pudiese ocurrir a los castores de la Colonia con toda esta agua extra corriendo por el estanque.

-- No te preocupes Pelirrojo, -- dijo Ojo de Halcón, viendo la preocupación de su hijo -- seguro que los castores estarán bien, de todas formas, mañana nos levantaremos temprano e iremos a ver a nuestros amigos. Estoy seguro que ellos se las ingeniarán para cuidar de la presa y de sus madrigueras.

Por ahora todo iba bien, hasta que un gran árbol cayó sobre el Gran Hermano, el cual se había convertido en un gran torrente. El árbol comenzó a coger velocidad, hasta que chocó contra la presa, haciéndola un gran agujero. Todos los castores, menos Kapi, corrieron con ramas y barro a repararlo y en cinco minutos el boquete estuvo cerrado.

Kapi se dio cuenta de que la cosa podría ir en serio, pero siguió tericamente en su madriguera.

El Gran Hermano seguía creciendo y creciendo, formando olas que rompían y arrasaban todo cuanto encontraban. Cuando éstas llegaron al estanque, tanto la presa como las madrigueras se tambalearon, aunque todas aguantaron, menos una, la de Kapi, desde donde se oía:

-- ¡Socorro!, ¡Ayúdenme!

Rápidamente los castores acudieron en su ayuda y trabajando juntos, le sacaron de entre el montón de palos y barro, un poco asustado, pero sin ningún rasguño.

Y, manos a la obra, como si se trataran de unos pequeños ingenieros, todos se pusieron a reconstruir la madriguera de Kapi, ramas por aquí, barro por allá, y.....

-- ¡Recorcholís!, es increíble, -- dijo éste -- en poquísimo tiempo y bajo la lluvia han hecho más trabajo y mejor, que yo durante tres meses. Todos sonrieron.

-- Castores -- continuó -- me he dado cuenta de mi error. Yo solo lo hubiera pasado muy mal, y gracias a la Colonia..

-- ¡Anda!, déjate de discursos, -- le interrumpió Lekes alegremente -- y ven de una vez a trabajar con todos nosotros.

Cuando terminó la tormenta era ya de noche. Por la mañana, la Familia Jones fue a visitar a sus amigos, los castores, para comprobar que se encontraban bien. Kapi les contó lo sucedido durante la tormenta y la lección que el día anterior había aprendido.

Y así fue como Kapi, durante la tormenta y después de ésta, participó siempre en todo y con todos compartiendo sus cosas y su trabajo.

¡Por cierto!, después de la tormenta, todos los castores, celebraron una gran fiesta en la madriguera de Kapi, que desde entonces se llamó "La madriguera de la tormenta".

Por eso, cuando un castor es egoísta o no trabaja con sus compañeros, siempre se le dice: ¡Ten cuidado con las Tormentas!.

## Capítulo 7º

### NUESTRAS AMIGAS LAS ARDILLAS

Era muy temprano. El sol salía ya entre las montañas. Dos pequeñas ardillas parecían volar de árbol en árbol, saltando con gran agilidad; tenían la piel roja y los ojos negros. Eran Tic y Tac. Las dos estaban de acuerdo en que iba a hacer un buen día; no iba a llover y podrían jugar y divertirse.

Cuando llegaron a la explanada donde siempre jugaban con el resto de las ardillas había ya varias correteando, unas detrás de otras. Su gran agilidad les permitía saltar de una rama al suelo y de éste trepar otra vez hacia arriba en pocos segundos. Todo ello gracias a su larga y peluda cola que les servía de paracaídas, balancín, apoyo, agarradero e incluso de timón como a los castores.

Pasaron allí toda la mañana. Cuando el sol estaba en lo alto pensaron que debían regresar a su hogar:

-- Oye Tic, ¿ no tienes hambre? -- preguntó Tac.

-- ¡Uff!, me comería todas las nueces del bosque -- contestó ésta.

-- Pues vamos, a ver quién recoge más -- dijo alegremente Tic.

Mientras volvían iban recogiendo todas las nueces, piñones y bellotas que les era posible. Las escondían en pequeños huecos de los árboles, que utilizaban como almacén para esconder su comida para el duro invierno. Cada ardilla recogía sus provisiones y las

guardaba para ella sola sin ocuparse de lo que pudieran tener las demás.

De pronto el sol se escondió, el cielo se oscureció y grandes nubes grises se acercaban al bosque. Tic y Tac seguían, incansables, reuniendo frutos. Salían de uno de los huecos en los árboles cuando vieron, unas ramas más abajo, a una serpiente acechando un nido de pájaros para comerse los huevos, sigilosa y tranquila, sabiendo que estaban solos. Tic y Tac sabían lo que iba a ocurrir, y a pesar del miedo que tenían, empezaron a tirarles los frutos que habían recogido ahuyentando así a la serpiente, que se fue deslizándose rápidamente y en silencio.

Las primeras gotas de la tormenta empezaban a caer cuando llegaron a casa

-- ¿Dónde han estado? -- preguntaron sus padres

-- ¿No les hemos dicho muchas veces que no deben estar fuera de casa a estas horas del día?. Ya saben que es ahora cuando salen a cazar los animales más peligrosos y lo mejor es no darles la oportunidad de ser su comida.

Entonces contaron a sus padres lo ocurrido, se las veía muy asustadas y sus papás, que tantas veces habían advertido a Tic y Tac de los peligros del bosque, comprendieron que las pequeñas ardillas habían aprendido la lección.

Al día siguiente, después de que toda la tarde anterior hubiera estado lloviendo, Tic y Tac salieron a dar un paseo. Esta vez fueron a explorar cerca del Gran Hermano. Una vez allí, subieron a una rama cercana y se tiraron de cabeza. Les gustaba mucho jugar en el agua. Nadando río abajo llegaron hasta el

estanque donde vivía, en sus madrigueras, la Colonia de castores y...

--¡Cáspita y recontracáspita!! pero...¿qué les pasa a estos castores?, ¿por qué están trabajando todos juntos?, ¿están locos?. ¡Vaya manera de perder el tiempo! -dijo Tic.

Éste no se equivocaba en cuanto al trabajo, allí estaban todos, ayudándose unos a otros como auténticos ingenieros para reparar los desperfectos que la tormenta del día anterior había causado en la presa.

Lekes dirigía las obras de reconstrucción:

-- Kid, tapa con esos palos el boquete que hay en el lado derecho - le decía con su potente voz.

No muy lejos de allí Keeo, el castor plateado, y Kibu roían troncos de árbol con sus potentes incisivos, una vez roídos los dejaban caer en los canales que ellos mismos habían construido, para que las aguas los transportaran al estanque.

Los pequeños castores, junto con Rasty, recogían estos árboles que, una vez despedazados, iban a parar a la despensa como alimento para el invierno, o bien eran utilizados para la presa y la madriguera.

Tic y Tac se miraron sorprendidas. No entendían por qué los castores trabajaban todos juntos y no cada uno por su cuenta, como hacían ellas. Tuvieron una gran idea, irían a consultar a Malak, el búho sabio.

Dicho y hecho, saltando de rama en rama, llegaron enseguida y llamaron desde el suelo a Malak, pero no hubo respuesta. No se acordaban que los búhos duermen de día. Impacientes subieron hasta el nido de Malak:



-- Malak, oye Malak despierta ¿por qué hacen eso? -- preguntó Tic con impaciencia.

Éste tenía ya un ojo, grande y anaranjado, abierto.

-- Pero, ¿qué ruido es éste? -- gruñó Malak, --¡Ah, son ustedes!. ¿Es que no saben que los búhos dormimos durante el día, porque estamos despiertos por la noche?.

Tic y Tac se disculparon y contaron al búho, rápidamente, lo que habían observado en el estanque. Malak las explico:

-- Bueno, como han visto, los castores son muy listos. Ellos comparten su trabajo y la responsabilidad de enseñar unos a otros. Desde luego comparten la madriguera y durante el invierno, comparten sus alimentos. Es un modo feliz de vivir, ayudándose unos a otros y participando todos en todo alegremente.

-- Pues no me gusta, no me gusta nada -- dijo Tic frunciendo el entrecejo.

Malak sonrió -- ¡claro!, a ti no te gusta porque eres una ardilla. Ustedes, las ardillas, son unos animalitos muy independientes, pero si tú y tus amigas fueran listas, trabajarían juntas y compartirían sus provisiones. Es más, estoy seguro de que la mitad de las veces olvidan donde las ponen.

Tras las sabias palabras de Malak, Tic y Tac reflexionaron un segundo y muy contentas contestaron:

-- Tienes razón, es una gran idea.-- Y las dos salieron corriendo a contárselo a las demás ardillas.

Desde entonces Tic y Tac se convirtieron en unas muy buenas amigas de la Colonia de castores y aprendieron, gracias a ellos, una lección muy importante, la de: ¡¡COMPARTIR!!

Malak, antes de volverse a dormir observó a los castores y pensó:

"Sí, ellos son muy listos, saben como trabajar y jugar compartiendo, tendrán un buen invierno y mucha comida.

¡Caramba! si yo no fuera un búho creo que me gustaría ser un castor"

Y después de estos pensamientos removi6 su plumaje pardo, cerr6 un ojo, luego el otro y durmi6 hasta llegar la noche.

--Felices sueños Malak. -Dijo Kid susurrando, que no lejos de allí, mientras trabaja, había escuchado la conversación.

## Capítulo 8:

### NADO HACIA ARRIBA

El aire estaba impregnado de una cierta magia que envolvía a toda la Colonia. Todos sabían que esa tarde algo maravilloso iba a suceder.

La noche anterior, en el Estanque del Gran Roble, la Colonia se puso de acuerdo en que algunos castores estaban preparados para seguir nuevos rastros.

Kid, Moi y Piko sabían que entre esos castores estaban ellos. Lo notaban, notaban que había algo en ellos mágico que no sabían explicar. Estaban tristes por tener que abandonar la Colonia y dejar a sus amigos. ¡Había sido un tiempo tan maravilloso!. Pero a la vez se sentían felices, pues sabían que para ellos empezaban nuevas aventuras.

Keeo nadó hacia el centro del estanque y dando tres golpes de cola: Splash, Splash, Splash, convocó a toda la Colonia.

En la orilla estaban Malak, Lekes, Kibu, la Familia Jones y todos los castores de la Colonia. Hasta sus amigas las ardillas habían acudido para despedirlos.

Keeo les dijo:

--Han demostrado gran interés por conocer nuevos horizontes. Lo han hecho muy bien, por lo que ahora deben nadar río arriba donde empezaréis otras aventuras. Conoceréis a otros amigos, con los que seguiréis nuevos rastros y participaréis en un montón de cacerías.

Los castores se despidieron de todos. Fueron hasta el centro del estanque y nadaron alrededor del Gran Roble, en dónde Keeo, más plateado que nunca les esperaba. Con este movimiento empezó a formarse un remolino, los que estaban en la orilla pudieron observar como el agua cubría por completo a sus amigos; el agua comenzó a elevarse formando una columna que subía lentamente, y cuando ya casi tocaba el cielo se transformó en una lluvia plateada que cubrió las orillas del estanque. Sin mirar hacia atrás, los castores, empezaron a nadar río arriba, a la vez que oían a sus amigos entonar la canción de despedida, que les acompañaría durante su viaje.

Malak, el sabio y viejo búho, siguió el nado hacia arriba de los pequeños castores, volaba tan bajo que podía ver como subían por el Gran Hermano.

--¡Qué largo es!, -- dijo Piko según nadaban por él -- nunca había imaginado que fuera tan grande.

¿Se han dado cuenta? -- preguntó Moi -- aquí el Gran Hermano es más ancho.

-- Miren --observó Kid -- el bosque está cada vez más espeso y hay muchos árboles diferentes.

Sin saberlo habían llegado al río Waigunga, que atravesaba la selva de Seeonee.

Al salir del río, se encontraron con una Manada de lobos. El lobo más grande se acercó y les dijo:

--Yo soy Akela, el guía de la Manada. Los Viejos Lobos les damos la bienvenida a ella. Mientras estaban en la Colonia han

aprendido a conocer la naturaleza y el bosque de mano de los Grandes Castores. Aquí, en la selva, vivirán nuevas aventuras, ayudando a sus hermanos lobos igual que ellos les ayudarán a ustedes. Con nosotros aprenderán muchas cosas, pero otras las habrán de descubrir solos. El mundo es ahora más grande para ustedes y lo irán descubriendo durante nuestras cacerías por la selva.

Los nuevos lobeznos no estaban asustados. Su alegría era tan grande que se sentían capaces de correr por toda la selva maravillados por su inmensidad. ¡Había tanto que explorar!

La Manada les esperaba, allí estaban también Baloo, Bagheera y Ka; y con un Gran Clamor de bienvenida, fueron integrados en el maravilloso mundo de la Manada.

Malak, que les había estado observando desde lo alto de una rama, se sintió feliz al ver como se incorporaban a su nueva familia, mientras pensaba:

-- Seguro que serán unos buenos lobatos. ¡Adiós pequeños!, ¡Buena caza y largas Lunas!. Y desplegando sus alas echó a volar hacia el estanque, donde toda la Colonia seguía compartiendo con alegría y preparando con ilusión la llegada de los nuevos castorcillos.